

¿Existe una reestructuración política del país y de la política de estado?

Conversaciones entre Luis Tonelli, Christian Castillo y Arturo Fernández

Bajo el título "¿Existe una reestructuración política del país y de la política de Estado?" el comité editorial de **Argumentos** convocó a los investigadores Luis Tonelli, Christian Castillo y Emilio de Ipola para intercambiar opiniones en relación con los *adelantos de notas* que cada uno había escrito por expreso pedido del comité sobre este tema. Emilio de Ipola, por una sumatoria de otros compromisos, se vio imposibilitado para asistir a las conversaciones y sugirió sumar al debate a otro investigador en su lugar. El comité editorial decidió entonces que dicho investigador fuera Arturo Fernández, quien, finalmente, accedió a la invitación. Y como todo cambio deja su marca, en este caso las conversaciones tuvieron una dinámica renovadora: así, a diferencia de la habitual ronda con las exposiciones de los participantes, que antecede al debate propiamente dicho, desde el comienzo las intervenciones de Arturo Fernández asumieron un papel más vinculado a enfatizar ciertos ejes expuestos por los otros participantes y acercar nuevas preguntas para ampliar el horizonte de discusión.

Las *conversaciones* se desarrollaron el día jueves 8 de julio de 2004 en el Instituto de Investigaciones "Gino Germani" de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. La versión completa de los *adelantos de notas*, que sirvieron como elementos disparadores para la discusión crítica que se transcribe a continuación, están incluidos en el Número 3 de la revista **Argumentos**. Ellos son: *Los límites de las transformaciones. La Argentina luego del derrumbe de la convertibilidad* de Luis Tonelli, *Las insuficiencias del proceso de diciembre de 2001 y los límites en la reconstrucción del régimen político capitalista* de Christian Castillo y *Política y Estado* de Emilio de Ipola.

Luis Tonelli: En el texto que había escrito, hacía una reflexión acerca de cómo muchas veces la situación de crisis es una expresión que complica el

análisis. A lo que me había referido en el texto era a cómo algo que se presentaba como extraordinario y novedoso en el momento en que lo escribí – que era el comienzo de la presidencia de Kirchner–, algo que aparecía como una gran transformación, si se lo ubicaba en el plano de dimensiones estructurales, quedaba sujeto a las limitaciones propias de la historia argentina. La reflexión, vamos a llamarla así, quería de alguna manera compensar o tratar de apartarse del modo predominante en el que habíamos hecho los análisis desde la ciencia política en la década de los 90, que partían de un enfoque muy institucional, básicamente pensado en términos de normalidad. Y en ese sentido, en la década del 90 tanto críticos, reformistas como aduladores –para decirlo de alguna manera– sostenían que se había instalado una especie de normalidad, que se había terminado la Argentina de los vaivenes terribles. Pero esto, justamente, fue lo que quedó totalmente desmentido en 2001. Mi idea fue entonces hacer un análisis que, para llamarlo de algún modo, podemos designar como estructural institucionalismo: observar el desarrollo institucional, que podríamos ubicar en un nivel de superficie, pero ligándolo a ciertas transformaciones. Sostenía que a mediados de la década del 70 comienzan a producirse transformaciones en una serie de dimensiones que había asumido el Estado desde década del 30 o, para algunos, particularmente en los años 50.

Una dimensión, la que se refiere al Estado como intermediador, se relacionaba con los grupos y las organizaciones de la sociedad. En esta dimensión, el cambio estructural comienza con el Proceso, que atacó las bases sindicales y cambió el tono de lo que era la acción colectiva hasta ese momento. La otra reforma estructural, relacionada específicamente a la cultura política, la centro en el advenimiento de la democracia. Lo que cambia en este caso es el vaivén entre regímenes militares y regímenes democráticos o cuasi democráticos. Desde una perspectiva estrictamente de la ciencia política, el gran cambio en esta esfera se produce porque por primera vez la competencia política se da en términos centrípetos. Si entendemos como competencia centrífuga la que se da en términos de polarización, como el peronismo-antiperonismo, digamos entonces que se inaugura a partir de Alfonsín una

pauta de competencia centrípeta. Luego, bajo las presidencias de Menem, se da una gran reforma estructural, pero en este caso, en la relación mercado-Estado: en lo que era el papel del Estado como productor. El Estado abandona áreas de producción y comienza la etapa de privatizaciones.

Entonces, cuando uno observa el gobierno de Kirchner, ¿qué puede decir? Las grandes transformaciones estructurales ocurrieron en el pasado. Lo que el gobierno de Kirchner enfrenta en realidad es una post crisis. Y en ese sentido, las características de esta post crisis no tienen que ver con un cambio de tablero sino con la relación de ciertos actores. El tablero es el mismo, los jugadores son los mismos y lo que cambia es la distribución relativa de poder entre ellos. Hay, para sintetizar, un nuevo balance de poder. ¿Y a qué conclusión podemos llegar? Que en términos estructurales la Argentina cada día es más normal. Cuando era estudiante, recuerdo que los textos hacían referencias a cómo las crisis abarcaban cada una de las dimensiones. Hoy podemos decir que las crisis afectan una dimensión a la par que otras dimensiones se sitúan en parámetros no tan críticos. Por ejemplo, no hubo un cambio de régimen político, y esto es un dato muy ostensible.

Obviamente, sabemos que el Estado es una cuestión que uno puede definir de muchas maneras, y como el texto que escribí es básicamente un ensayo, quise privilegiar un criterio abarcativo. A lo que me refería era, por un lado, al aspecto puramente político, decisional, en el que hace eje la ciencia política ortodoxa, americana: régimen político, instituciones, partidos, etc. Y en esta esfera, decía, el gran cambio se dio el año 83. Uno puede ver sin duda una crisis de partidos, con todo lo que está sucediendo en la actualidad. Pero, desde mi punto de vista, lo importante para el mantenimiento de la democracia es que no haya polarización política. Y por eso, decía, la polarización había quedado atrás con la reforma estructural en este área. Después había hablado de una reforma que se había iniciado antes: la de la relación del Estado con las organizaciones sociales, que tenía que ver con el cambio a nivel corporativo. Por último, mencionaba la relación Estado-mercado. Y señalé, a partir de todo esto, que se observa una normalización y que la Argentina comienza a parecerse más a los países que tienen estabilidad.

Paradójicamente, ahora recuerdo, no sé por qué, cuando Marx hablaba de la doble noción de libertad: uno es libre de disponer, pero esta libertad puede llevar a que uno muera de hambre. Y en nuestro caso tenemos las dos normalidades: nuestro país es cada vez más normal, pero también es normal – y a esto quiero sacarle toda posible connotación europeizante– en términos de América Latina. Porque antes, el gran punto de diferencia de Argentina, estaba dado en relación con una distribución más equitativa. La sociedad actualmente rompe ese molde equitativo. Entonces, volviendo a las dos normalidades de las que hablaba, podemos decir: cuando la sociedad fue equitativa –y como década más sobresaliente en este sentido podemos tomar a la del 60– se volvió “loca” en términos de estas normalidades estructurales. Hoy, lo que deja toda esta normalidad es una sociedad extraña para los que vivimos la sociedad equitativa. Esto genera, para terminar, que muchas veces nos equivocamos, especialmente los que estamos en el análisis coyuntural, junto con los opinadores y los periodistas, porque seguimos pensando la sociedad argentina con las metáforas de la vieja sociedad. Por ejemplo, se suele hablar de “la gente”, pero esta es una sociedad donde hay un tercio de la población que está fuera del juego, y por muchos años. Se habla de gestión, como si hubiera una administración estatal que cubre el país, cuando tenemos territorios muy subadministrados y una crisis profunda del sistema de dominación.

Christian Castillo: También considero que los análisis que presentan los artículos que escribimos para diciembre están signados por el poco tiempo que había transcurrido desde que había asumido Kirchner. Ahora hay algunas cosas que se han desarrollado desde entonces. Creo que, en cierto sentido, es muy difícil que el gobierno actual no sea visto como una transición. ¿Por qué? Definiría –y uso la categoría en el artículo– que en el 2001 se manifestó una crisis orgánica. Es decir, que se conjugaron una crisis económica de magnitud con una crisis del régimen político, donde se agudizó la crisis de las representaciones políticas tradicionales. Desde ya que frente a esa situación de crisis general, no todos resultaron afectados de la misma forma.

En un caso, la propia base social que le había dado apoyo, en este caso a la Alianza, cuestionó a su propio gobierno. Se produce una ruptura que, en cierto sentido, la podemos marcar cuando renuncia Chacho Álvarez, pero tiene distintos hitos: el golpe al salario de los estatales, que habían votado a la Alianza, haberse manchado con la Ley Banelco, después haberlo puesto a Cavallo, etc. Esto lleva a una verdadera implosión de quienes tenían su base social principal en las clases, que pasan en cierto sentido a estar políticamente vacantes.

En el caso del peronismo, venía arrastrando la misma crisis, no es que no estaba golpeado. En el 2001 ya se encontraba fragmentado, producto de proyectos divergentes ante la división de lo que fue el bloque dominante en los 90. Tanto es así que en lo económico De La Rúa presenta más continuidad con Menem que Duhalde, que en cierto sentido apostaba más al sector devaluador, para decirlo en términos un poco esquemáticos. Luego de 2001, queda como el sector más fuerte de la política argentina el peronismo de la Provincia de Buenos Aires. Sostiene el régimen y se apoya en una política fuerte de contención ampliando los Planes Jefes y Jefas, es decir, contiene a una fuerza social que había sido muy golpeada por la crisis.

Por otro lado, hacia la clase trabajadora juega como factor de freno no sólo la tregua de las direcciones sindicales sino también la alta crisis y el temor al desempleo. Es muy llamativo el cambio en la conflictividad laboral: bajo el gobierno de De La Rúa hay muchas huelgas y muchos paros generales, es decir, el sector ocupado de la clase trabajadora tiene un protagonismo importante; y, en cambio, en el 2002 y gran parte de 2003 esto se frena. Entonces, podemos ver que el peronismo hace jugar uno de sus puntos fuertes, que a veces está un poco subvaluado en varios análisis: tener el control de gran parte del movimiento sindical le permite usarlo a su favor y conseguir una relativa estabilidad.

Ahora, ¿qué cambios hay con Kirchner respecto del gobierno de Duhalde? Ahí se combinan, desde mi punto de vista, dos aspectos. Desde el punto de vista estructural – económico, no hay divergencias fundamentales entre Duhalde y Kirchner. No sólo porque Lavagna es el mismo ministro, sino

porque, si ustedes ven, en toda decisión de política económica fundamental más bien el duhaldismo ha tendido a acompañar lo que hace Kirchner. Es decir, ni en la negociación de la deuda ni en las decisiones económicas fundamentales ha habido grandes contrastes. Sólo un poco de tironeo, si se quiere, alrededor de la coparticipación, porque era una discusión de caja. Ahora bien, sí hay diferencias en cuanto a los proyectos que tienen de reconstitución del sistema político para cuando salgan de este período. Y ahí sí hay contradicciones, porque obviamente lo que implica la fortaleza de uno, implica la debilidad de otro. Y también porque se apoyan un poco en bases sociales en parte divergentes.

En el momento en que escribí el artículo, la base fundamental en la que se apoyaba Kirchner eran las clases medias en sentido amplio, en sus distintas fracciones. Ahora bien, desde entonces, particularmente desde principio de año, esa situación de la clase media empieza un tanto a cambiar. Los sectores medios tienden a polarizarse social y políticamente. En parte esto se debe a que la recuperación económica se da consolidando una sociedad mucho más desigual, donde los parámetros de los '90 quedan estabilizados. Hemos leído hace poco nuevamente estadísticas que señalan que el quintil más alto gana cincuenta veces más que el quintil más bajo. En veinticinco años se pasa de una relación de trece a uno a una relación de cincuenta a uno. Eso es impresionante. En las capas medias se ve entonces un sector de alta clase media, minoritario pero amplio, que incluye cuatro, cinco o tal vez seis millones de personas, que ganó en los '90 y que ahora es el que está volviendo a ganar con la recuperación y que está gastando de nuevo. *La Nación* publicaba por ejemplo índices de recuperación de consumo, y ahí se observa que todos los índices de recuperación son índices de gasto de la alta clase media. Aunque en los sectores más bajos de las capas medias también hay un aumento del consumo –ya que peso que entra tiende a gastarse en algún bien, después del “trauma” social que fue para la clase media la incautación de los ahorros– pero es un sector que de conjunto se ha pauperizado al igual que los asalariados.

Políticamente esto tiende a expresarse, por un lado, en un sector que fue base social de lo que fue el fenómeno Blumberg, con temas, agendas o problemas de un reagrupamiento de base social de centro derecha, y por otro lado, en Kirchner, que se apoya en los sectores medios que podemos llamar, en general, como centro izquierda. Esta división que esboqué si quieren es una tendencia y a la vez un proyecto de alrededor de qué líneas rehacer el sistema político burgués argentino ante la crisis del radicalismo y el peronismo. Pero eso tiene grandes contradicciones. Una de las contradicciones de ese proyecto, si se quiere, es en parte el mismo peronismo de la Provincia de Buenos Aires, que más bien mantiene cierta flexibilidad, o al menos creo que esa es la intención que tiene Duhalde, de poderlo hacer jugar hacia un lado o hacia el otro según qué sea lo que prime en el "humor" político de las masas. Ahora, los proyectos en pugna y los conflictos –como el ocurrido en el Congreso de Parque Norte– se han expresado más abiertamente en los conflictos entre Kirchner y Duhalde que en el momento en que escribimos los artículos.

Creo que el fenómeno Blumberg fortaleció que Duhalde y el duhaldismo le hicieran más oposición después a Kirchner. Dijeron: "vieron que había una base social que el gobierno no controlaba". Y entonces comenzaron a tratar de hacerse fuertes en esos planteos para evitar que los debiliten. Kirchner, a la vez, que subió muy apoyado por Duhalde, por su propia supervivencia política trata de debilitarlo y ganar poder propio. Bueno, esta fricción está lejos de ser resuelta, hay diversas hipótesis de mínima y de máxima, pero es una conflictividad propia de una transición en la cual, aunque los elementos más agudos de la crisis orgánica no se manifiestan activamente –porque la economía se recupera, porque han logrado cierta pasivización del movimiento de masas– continúan latentes, sin el surgimiento de nuevas formaciones políticas orgánicas, que expresan y reemplazan lo que quedó en crisis.

Hacia adelante me parece que hay que considerar dos elementos importantes como variable: una tiene que ver con cómo va a estar Argentina ubicada en una situación política internacional que está lejos de ser clara. Es decir, no es lo mismo, relativamente, cómo resulten las elecciones norteamericanas en el mes de noviembre, no es lo mismo la relación que tome

Estados Unidos con América Latina, si se presiona con el ALCA o queda en la nada. Y después hay otro interrogante, que es si la enorme pérdida que ha sufrido la clase trabajadora de su nivel adquisitivo, con la precarización y la caída salarial, va a ser aceptada, o paradójicamente, la relativa estabilización no lleva a un mayor incremento en la actividad política de la clase trabajadora ocupada. Algunos síntomas hemos visto en los últimos meses, pero hay que ver si esto se continúa. En ese caso, frente a un peronismo fragmentado, hay que ver cómo la presencia de esa fuerza social se expresa políticamente. Esa es una de las grandes incógnitas en este período. Por ejemplo, hay un dato relevante: en los '90 prácticamente no hay oposiciones sindicales, predomina la lista única. Si uno compara con los '80, advierte que no era así. Por esos años, había muchas oposiciones sindicales –el nombre de la oposición combativa era la lista naranja–, aunque pocas de ellas ganaban. Ahora otra vez, empieza a haber muchas oposiciones en los gremios, aún en los más “duros”. No ganan los sindicatos, pero pelean seccionales. En los sindicatos docentes, por ejemplo, hay cinco seccionales de SUTEBA ganadas por la oposición. Y en los gremios “duros”, como decía, empiezan a aparecer oposiciones sindicales. Daer tiene dos listas de oposición: una de su propio riñón y otra que le sale de las fábricas más combativas donde tienen peso las distintas corrientes de izquierda. Aquí hay otra gran incógnita de lo que va a pasar con la situación.

Sintetizando, diría que los distintos proyectos de reconstitución del régimen político por parte de las fracciones políticas de la clase dominante –el de tratar de “recuperar” al peronismo y al radicalismo o el de apostar al surgimiento de nuevos agrupamientos políticos– pueden tener cierto éxito si no tienen un desafío desde abajo, pero otro es el panorama si aparecen fuerzas sociales que pongan en cuestión esta estructura que se ha consolidado post década del '90, primero, y post devaluación, después. Desde ya que esto no es simplemente una descripción sino que implica una posición propia acerca de lo que tiene que pasar en la sociedad y, en este sentido, mi apuesta es obviamente a que sea la segunda opción la que prime y no la primera.

Arturo Fernández: Quería preguntar a Luis Tonelli si la sustentabilidad del desarrollo argentino, es decir, de cierto tipo de continuidad de las funciones del Estado decisorio, intermediario y productivo, depende más de la política, a través de acuerdos con el poder económico o de imposición sobre el poder económico. Porque Luis pareciera más inclinado a pensar que si lo político se arreglase, el poder económico podría, por ejemplo, terminar el conflicto entre el sector de lo que Christian Castillo llama *dolarizadores*, vinculado a las empresas privatizadas, y el sector productivo, el cual de manera no muy republicana ganó el gobierno en diciembre de 2001. Respecto a este hecho, cualquier dirigente justicialista lo justificaría por el hecho de que si un gobierno no sirve hay que echarlo y punto. Lo cual no quiere decir que no hubo participación popular, ni que las clases medias no estuvieran muy enervadas porque les habían sacado los ahorros del bolsillo, lo cual no es muy capitalista que digamos.

Respecto a la interesante exposición de Christian: evidentemente pareciera imposible volver al capitalismo nacional por lo que pasó en 1980 a nivel mundial. ¿Esto es así? A lo mejor no está claramente explicitado, porque, por ejemplo, en Brasil, a partir de las expectativas que generó la llegada de Lula a la presidencia, ¿puede advertirse la posibilidad de que un país altamente industrial llegue a un capitalismo nacional? Por mi parte sinceramente lo dudo, y creo que Christian también, pero quisiera que desarrolle este punto.

Por otra parte, el capitalismo cada vez más trasnacionalizado funciona en una parte del mundo y en otra no camina ni para atrás ni para adelante; existen alternativas como es el caso de China, que cada vez pareciera tender más a un capitalismo trasnacional siendo todavía una economía no capitalista en sentido estricto. No me resulta claro pensar cómo Kirchner, un gobernante argentino, podría alterar estas reglas. Planteo esto porque entendí que Christian sostenía que, después de los últimos meses, Kirchner evaluaría la posibilidad de imponerse a los sectores económicos como el Perón de los años cuarenta o cincuenta, o incluso el intento del '73. Entonces, el Estado impuso reglas a los sectores económicos mientras pudo y hasta que no lo echaron, al primer y al segundo peronismo, esos mismos sectores económicos.

Ahora bien, el otro tema que quería comentar, más actual, tiene que ver con la reacción de los grupos dirigentes, que no son solamente económicos sino también ideológicos. A veces se los advierte encarnados por la derecha eclesial, por otro lado con los grupos que reaccionaron frente al desplazamiento de la señora de Fortabat del Fondo Nacional de las Artes, quienes generan un ambiente cultural muy poco propenso al peronismo y bastante radicalizado en los últimos meses. La situación me hace acordar a las resistencias que produjo Machinea, por cierto desmedidas, frente a tibias reformas que más se anunciaron que se efectivizaron, en la relación con el poder económico durante la primera parte del gobierno de De la Rúa. Hoy Kirchner es mucho más odiado que ningún gobernante desde Alfonsín (Alfonsín, lo fue por su enfrentamiento con los militares, con los sindicatos, más el tema del divorcio). Pero aún así Alfonsín era un demócrata, era un republicano. Kirchner es llamado un montonero para las expresiones que tienen, casi como órgano político partidario, al diario *La Nación*. El problema, que le asombra, es que señalar el carácter setentista de Kirchner es afirmar que quisiera una lucha armada o tomar el poder para hacer una supuesta Argentina socialista. Mi pregunta a Christian es entonces: ¿por qué efectivamente aparecen estas reacciones? Hay que tener en cuenta que Kirchner es más odiado por estos sectores que Lula, quien encarnaba la promesa de un capitalismo nacional justo. El mismo Kirchner, precisamente, nunca se había distinguido por sus posiciones extremas en Santa Cruz. En síntesis, frente a la pregunta que se hacía Christian de si se logrará tener éxito en el plan de reconstrucción del régimen capitalista en este momento histórico ¿es posible pensar una caída del régimen capitalista en la Argentina, aislada del resto del mundo, donde no hay signos sino a mediano o largo plazo de que el régimen capitalista entre en una crisis final? ¿Fueron los acontecimientos de 2001 y 2002 algo más que una disputa –todavía no saldada– entre sectores de burguesía, instalados en la Argentina, uno más trasnacionalizado, otro más nacional, pero en el definitiva la burguesía financiera versus la burguesía productiva?

Finalmente, quería dejar planteada una pregunta a partir del artículo muy interesante de Emilio de Ipola. Él habla de un centro izquierda que sería hoy lo deseable y lo posible, un centro izquierda que como dice: “es algo que va más allá de las relaciones de producción capitalista, porque la sociedad no se agota en esas relaciones, (...) donde cierta cultura de las relaciones varón-mujer, de la relación con la naturaleza (...) pueden ser de izquierda sin tocar en el fondo a la sociedad capitalista”. Pero, ¿por qué hablar de centro izquierda? No hace demasiados años Bobbio decía que en toda sociedad habría una derecha, que va a operar para justificar la desigualdad, considerando que es normal que los seres humanos nazcan, no sólo diferentes, sino más capaces unos que otros, y habría una izquierda que se distinguiría por una lucha, ya varias veces milenaria, por la igualdad. Esta lucha, que parece un horizonte utópico nunca alcanzable de plena la igualdad, es la izquierda, y no el centro izquierda. Porque el “centro izquierda” es pensar en algo más o menos confuso, en donde se estaría incluso resignando el valor de la igualdad. En fin, es algo que me hubiese gustado preguntarle a Emilio de Ipola, porque a mi entender el centro izquierda representa hoy las posiciones más moderadas, que se alternan con el centro derecha para dejar todo siempre igual. Lo cual trae una crisis muy seria de representación política, porque para elegir entre centro izquierda y centro derecha la gente se pregunta para qué va a votar, si al fin todos, en materia económica, gobiernan más o menos igual. Uno puede decir que en España hay un gran cambio porque retiró las tropas de Irak, pero no por aquello que ocurre en materia de economía. La gente no hubiera ido a votar menos, y tal vez hubiera ganado Aznar, de no haber mediado las explosiones del 11 de marzo. Esto está pasando en muchos países desarrollados y también sucedía en la “normalidad” de los años 90, si todo se reducía a una lucha entre partidos de centro izquierda, como el que podría haber sido la Alianza, frente a un partido de centro derecha menemista. Frente a eso creo que mucha gente habría pensado “es lo mismo ir o no ir a votar”. Esa normalidad es peligrosa para el sistema político democrático.

Luis Tonelli: En la actualidad, obviamente, hay un gran jugador –para decirlo de alguna manera– para la Argentina, que es el contexto internacional. Si uno mira los grandes cambios estructurales, e inclusive los coyunturales, están muy hilvanados por lo que pasa en el contexto internacional. Y como dijo Christian, lo que puede llegar a pasar en Estados Unidos es siempre decisivo, como lo fue el cambio de gobierno de los demócratas a los republicanos frente al FMI, a partir de lo cual se pasó de un organismo que prestaba a un organismo que no prestó más. Esta es la clave de toda la crisis del 2001 como variable explicativa casi única, más allá de quién estuviera gobernando.

Ahora, a partir de estas cuestiones de continuidad estructural que traté de presentar, uno ve algunos resultados políticos específicos –para relacionar con la exposición de Christian– y advierte que obviamente el tema de la fragmentación es el elemento central que se va configurando. Si uno piensa, la Argentina del pasado es la Argentina de corporaciones, la Argentina de partidos políticos, la Argentina de un institucionalismo autárquico... Ahora hay cambios en todas estas cuestiones. Una, muy importante, es que con el aflojamiento de los partidos políticos y la desarticulación de la trama organizativa que se daba en décadas pasadas, aparecen fenómenos impensados en los '70, e incluso en los '80, como la liga de los gobernadores, o ciertas configuraciones de los intendentes. Estos son niveles que surgen no porque la ciencia política se preocupa por ellos, sino que pasan a ser actores relevantes en lo cotidiano. En ese sentido toda la discusión relativa a cuestiones internas tiene que ver con un esquema de dominación que se debilita, y no es casual que el tema de la coparticipación o el sistema electoral asuman tanta relevancia, porque tienen que ver con esta relación entre el gobierno nacional y los provinciales. En esa desagregación, en esa fragmentación, el peronismo, al ser localmente hegemónico en muchas unidades provinciales, es un "jugador ameoba". Ahora bien, desde el punto de vista estructural del federalismo, uno podría haber pensado que la alianza Kirchner–Duhalde beneficiaría a las provincias grandes y podría haber planteado un cambio respecto a cómo se distribuyen los recursos en la

Argentina a partir de la coparticipación. Sin embargo, la lucha por el liderazgo hace que Kirchner se enfrente con Duhalde y juegue con las provincias chicas.

Lo que quiero resaltar con esto es cómo las dimensiones estructurales y la coyuntura internacional comienzan a depender muchísimo de los avatares políticos de un país muy fragmentado. Tengo una visión que es un poco más pesimista que la de Christian. Veo por un lado ciertos parámetros de la Argentina con respecto al mundo muy establecidos, como la apertura y todo lo que implica esa tendencia. Y en ese sentido Kirchner aparece como una etapa de transición, no porque se va a configurar algo muy diferente sino porque están entre paréntesis elementos muy importantes de las economías de mercado, que son los organismos financieros internacionales. Si esto mejora naturalmente vamos a volver al riesgo país, y vamos a estar sujetos a los vaivenes del Brasil de Lula. Por ahora “juguemos en el bosque mientras el lobo no está”. Y en este “juguemos en el bosque”, lo que prima es cómo domina la pequeña política a la Argentina.

Lo que yo veía en los años 60 y 70 como una tragedia hoy lo veo como una farsa, para usar esta metáfora. Lo que aparenta estar en el centro son juegos de palacio, ligados a la supervivencia de un presidente que enfrenta entonces a la opinión pública –y ahí sí está el fenómeno Blumberg, como fenómeno de la nueva política–. Así aparece también la cuestión de la Liga de los Gobernadores y su relación con el gobierno, que, con las retenciones, dispone de un elemento para negociar.

El panorama que a uno se le presenta es de fragmentación, con una sociedad cada vez más desigual, con menos energías y, por eso, más conflictiva. No tengo muchas expectativas de que se pueda reorganizar, por lo menos bajo este sistema. Entonces, es posible, o bien una rebelión como la que pasó en el 2001, que genera ingobernabilidad para un presidente que está sin estructura, o bien un conflicto en la Provincia de Buenos Aires, que no sabemos cómo puede llegar a terminar, o bien que el kirchnerismo imponga la sensación de que gana electoralmente el año que viene, y obtenga así puntos en gobernabilidad. Todo este proceso que se da a un nivel –valga el concepto viejo– superestructural, no nos tiene que confundir –por lo menos es mi punto

de vista– con respecto a que hay una decadencia estructural de la Argentina. Y digo decadencia porque para mí el concepto de equidad ha sido fundamental en la construcción del país y es eso precisamente lo que no veo como tendencia para su reconstrucción.

Christian Castillo: El tiempo es tirano, porque desde las preguntas de Arturo hasta las cuestiones que planteó Luis requieren bastante desarrollo. Trataré de organizar todo esto de alguna forma. Tomando una de las preguntas que planteaba Arturo, quería decir que, por mi parte, hago una lectura del ciclo de la burguesía nacional en términos de fracaso, porque la burguesía nacional nos ha llevado a lo que recién llamaban la decadencia estructural de la Argentina. Además, nosotros tenemos que ver que este proceso, en un sentido, empieza en la dictadura, pero que no fue sólo la dictadura, porque no sólo la dictadura creó 50% de pobres, precarización laboral, etc., sino que bajo la forma de dominio de la democracia parlamentaria también se agravaron las penurias de las clase obrera y el conjunto de las clases subalternas en este país. Esa clase, a la que podemos llamar burguesía nacional, apostó a distintos proyectos, apostó en los '90 a asociarse al capital más concentrado –como socio menor de ellos–, jugó sus fichas ahí y en parte se debilitó, la Argentina se transnacionalizó más, y en fin, eso es lo que tenemos ahora. Por eso no le veo futuro a la propuesta de Kirchner. El presidente dice que quiere hacer un “capitalismo en serio”, pero yo creo que esto que tenemos es capitalismo en serio, en el sentido de que el capitalismo actual, a nivel nacional e internacional, es esto, no otra cosa. Es decir, a nivel internacional hay precarización, a nivel internacional juega el fenómeno del desempleo de masas, a nivel internacional han crecido los niveles de pobreza y los índices de desigualdad interna. Estos procesos no están ausentes de Estados Unidos y los países de la Unión Europea misma. No. La Unión Europea está votando una constitución que consagra los principios neoliberales y, precisamente, por eso es cuestionada, no desde el punto de vista de la defensa del Estado nacional, sino por sus críticos desde la izquierda. Entonces cuando Kirchner dice “capitalismo en serio”, yo señalo que

capitalismo en serio es lo que hoy está pasando acá. Es Techint teniendo beneficios extraordinarios y negociando favores con el Ministerio de Economía, es Repsol manejando los recursos estratégicos del país, etc. Este es el capitalismo en serio, otro capitalismo puede existir en la cabeza de alguien, ser un tipo ideal, pero no es lo que hay.

Y quiero aclarar, en todo esto, que no creo que el proyecto de Kirchner pueda sostenerse. Hasta ahora, el gobierno tuvo muchas condiciones favorables. Todo lo que jugó en contra en el 2001, centralmente las condiciones internacionales, ahora le juegan a favor a Kirchner. Esto ya es casi un lugar común. Luego de la caída de la economía hasta el fondo, comenzó a crecer. Y al gobierno de Kirchner lo favoreció la devaluación, poder hacer retenciones por los altos precios de la soja, etc. Sin embargo, la economía no tiene un factor dinámico cualitativo. Ni siquiera se ha invertido en obra pública. Además, tiene la siguiente contradicción: para mantener el alto nivel de rentabilidad capitalista se apoya en salarios bajos, pero los salarios bajos hacen que el mercado interno no sea un factor dinámico de la economía.

Aquí, sin embargo, hay que distinguir dos cosas: a la clase dominante, económicamente, le está yendo en la coyuntura más o menos bien, pero políticamente un sector grande desconfía parcialmente a Kirchner y no lo considera su representante. Es el sector que apostó a Menem o a López Murphy y que sumó el 40% de los votos, que quisiera un clima político sin ni siquiera gestos, porque temen que desde abajo se tomen los gestos más en serio y se atente contra las posiciones que los sectores dominantes conquistaron en la década del '90. Porque desde abajo se ganaron algunas posiciones. No es que todo quedó igual. Es decir, se ganó legitimidad para las acciones de las clases subalternas que no estaban antes en el país. Lo que ahora los sectores dominantes quieren volver atrás, lo que tiene que ver con las acciones de los desocupados, con las ocupaciones de fábricas, y lo que ocurrió, efímeramente, si se quiere, cuando surge en las asambleas populares la idea de la democracia directa. Todo eso fueron aspectos que ganaron en impacto y legitimidad social. Kirchner tuvo, desde mi punto de vista, que cambiar la política que venía implementándose hacia el ejército, por el relativo

fracaso de legitimidad que sufrieron las fuerzas armadas para llevar a cabo el papel represivo que históricamente cumplieron. En la crisis del 2001, las fuerzas armadas no jugaron por una cuestión de propia preservación. Si intentaban actuar, radicalizaban del otro lado. Fue por una cuestión de autopreservación. Es decir, si no se maquillan, ante alguna amenaza de las clases subalternas, son un actor que cuenta con poca legitimidad para actuar como defensa de la clase dominante. Sobre todo, y esto es relevante, porque América Latina es uno de los lugares que a nivel mundial es visualizado como el centro de la respuesta social de las clases subalternas, desde los campesinos hasta sectores importantes de los trabajadores. Si generalizamos el análisis, podemos ver cómo caen por la acción de masas dos presidentes en Ecuador, uno en Bolivia, uno en Argentina, y si quieren agreguemos a Fujimori en Perú. Es cierto que en todos juegan elementos de disputa interna en las clases dominantes pero en todos, también es verdad, hay un elemento común que tiene que ver con las acciones populares en las calles como factor determinante en la caída de los gobiernos. Este es un elemento fuerte de América Latina que es visualizada justamente como un lugar donde hay una tradición de intervención obrera y popular que se continúa. A veces, desde afuera ven mucho más significativos los movimientos que se dan de lo que la lectura habitual de los diarios en Argentina los presenta. Y uno encuentra muchas veces que cuando vienen militantes o investigadores extranjeros dicen: "eso es importante", "eso es relevante". Nosotros no tuvimos un reguero de ocupaciones de fábricas. Pero hubo 120, con la gran experiencia de Zanón como emblema. Esas 120, de las que muchas terminaron con expropiaciones, constituyen una experiencia muy importante. Si antes del 2001 les decía "se van a expropiar muchas fábricas, las van a dirigir obreros", ustedes seguramente me respondían "eso es utópico en el mundo actual". Bueno, eso pasó en este país, es algo aprendido que cuando una fábrica cierra, puede ocuparse y ponerse a producir. Es algo que si hay un nuevo pico de crisis va a multiplicarse porque es algo aprendido. Cortar calles y rutas, también es algo que se aprendió. Que los desocupados protestan y no quedan invisibles, sino que se pueden hacer visibles de alguna forma con los cortes,

también es algo que constituye un aprendizaje producto de la lucha social. Entonces, creo que todo esto representa una cierta acumulación que se ha ganado resistiendo muy duramente a los años 90, en el marco de una decadencia social general. Son puntos de apoyo sobre las cuales puede reconstituirse una fuerza social de la clase trabajadora que sea capaz de revertir lo que las clases dominantes causaron en el último período histórico. En ese sentido, como marxista y como socialista, obviamente creo que sólo un freno a la decadencia nacional puede ser dado por que surja una alternativa desde la clase trabajadora atacando los intereses del poder más concentrado.

Contestando ahora lo último que planteaba Arturo, quería decir que no creo que las burguesías locales latinoamericanas puedan hacerlo. En parte porque aceptan continuar con la cadena de sometimiento que significan los pagos de la deuda. Ahí están en una contradicción: romper eso implicaría un enfrentamiento real con el poder financiero internacional que no están dispuestos a hacer. Es decir, Kirchner no puede ser Perón en primer lugar por su compromiso a continuar con los pagos de la deuda externa. Lo que Perón utilizaba para ganar base social, Kirchner lo paga de deuda externa. El otro día hacían un chiste que decía que acá no se pelea más por "la torta" sino por "el alfajor". Es verdad, sólo se discute "el alfajor". La "torta" es lo que se paga de deuda externa. Entonces, en tanto se acepte pagar la "torta", hay un condicionante estructural que vuelve todo muy "farsesco", por decirlo de este modo. En ese sentido, creo que la estrategia de demonizar a Kirchner que hace cierta derecha tiene el fin de evitar que Kirchner ocupe el espacio de toda la clase media. Y a Kirchner también le conviene en cierto sentido para jugar con el fantasma de la reacción y ganar base "progresista". Pero volviendo a esta derecha que mencionaba Arturo, demonizando a Kirchner buscan potencialmente crear un escenario similar al de Venezuela, tratando de volver más activos contra el gobierno a una base social que todavía no es anti kirchnerista fanática, pero que apoya el reaccionario reclamo de "orden". Es decir, un sector social que todavía está evaluando dónde posicionarse, porque económicamente de última le está yendo igual que antes de la crisis. Este ataque, como decía, desde ya que el gobierno lo utiliza para que no se le vaya

nada por izquierda y para contener toda crítica diciendo “no, ustedes le hacen el juego a la derecha”.

La gran incógnita es qué ocurre si se frena “la gallina de los huevos de oro” de las condiciones internacionales favorables para la economía. Ahí creo que todos los elementos que han quedado de la crisis anterior reaparecen. La situación no está clara para nadie. Vemos que en relación al 2004, sí se dice que el crecimiento va a ser más o menos, del 6% o 7%, pero en el 2005 ya todos abren el paraguas. Incluso porque “la gallina de los huevos de oro internacional”, China, también tiene nubarrones. Todos se preguntan hasta dónde da, si se frena o no, temen un nuevo espiral de la crisis asiática. Es decir, si no hay crisis los elementos de debilidad del régimen político se pueden disimular. Si hay crisis todos esos elementos van a volver a aparecer en forma aguda. En ese sentido sostengo que este gobierno es de transición. O sea, si vuelve a aparecer un momento de crisis fuerte, no hay una estructura sólida que contenga. No, esto tiene muy poca solidez, es muy endeble.

Arturo Fernández: Quería preguntarle a Luis Tonelli si es posible desde el Estado disciplinar al sector económico y hacer cesar las pujas que creo que existen, todavía, entre los distintos sectores. ¿Es capaz o no el Estado argentino de regular la economía de acuerdo a las expectativas del capitalismo transnacionalizado? Porque, efectivamente, en nuestro país hay un deterioro del capitalismo nacional pero también del transnacionalizado, porque a diferencia de, por ejemplo, Irlanda, Portugal o Grecia, en donde el capitalismo transnacional funciona bastante bien en cuanto a que el 80 o 85% de la gente vive integrada, en la Argentina se llegó a la expropiación de 500.000 ahorristas. Y además cada diez años se acumula y se envía la plata del país al exterior. Por ejemplo, el año pasado se llevaron 6.000 o más millones de dólares. Bueno, todo eso hace que el capitalismo, en Argentina, ya no sea ni serio ni no serio sino absolutamente inviable. Y el Estado está llegando al punto de no tener capacidad de regular casi nada, como un poco lo demostró la Alianza, y lo comenta el artículo de Luis Tonelli. La Alianza trató de regular y no pudo, y al poco tiempo se fue enredando, tuvo que llamarlo a Cavallo en un

intento desesperado, que tampoco anduvo, y terminó ahogada en una pelea que, al margen de la participación popular, si hacemos un análisis marxista, es la más típica pelea interburguesa por la apropiación de una torta cada día más chica. En definitiva, quiero preguntarle a Luis si él piensa que en la Argentina un partido político o una dictadura puede resolver este problema que es de la clase alta o dirigente, por llamarla de algún modo generoso.

Luis Tonelli: Bueno, tengo muchos puntos de contacto con lo que dice Christian, pero no cuento con una teoría que me permita mirar más allá de lo más cercano y, en ese sentido, me pienso más en una veta weberiana, un poco más trágica y más escéptica. Un punto de vista epistemológico escéptico frente a esto. El punto optimista de una reconstrucción del Estado por la clase dirigente tiene como metáfora el configurar a la Argentina como una sociedad similar a la chilena ¿Qué quiero decir con esto? Una sociedad disciplinada, con marcadas diferencias estructurales y de estratos, y en donde para las clases bajas haya "ley y orden", para las clases medias una visión de estabilidad y para las clases altas acumulación. Este es el sueño dorado de lo que pueden ser las clases dominantes, sin perder de vista que sin duda tenemos el problema de que no sabemos realmente quién domina. "¿Quién manda?" es una pregunta difícil. En cambio, sí es fácil visualizar ganadores. Lo que veo es entonces que a partir de la gran crisis del 2001, lo que hubo es un reequilibrio entre ganadores. Esto no significa que, como era en el pasado, los ganadores pasaban a ser perdedores netos y los perdedores, ganadores netos. Lo que hay ahora es una especie de barajar y dar de nuevo. Pero como bien decías vos, Arturo, los bancos sufrieron la crisis porque dejaron de ser el elemento dinamizante de la economía argentina. Durante los principios de los '90 los elementos dinamizantes de la economía eran las inversiones y la deuda y, después, paso a ser la deuda sola. El esquema de Menem era inversiones-deuda, con esto obviamente había algo de desarrollo del mercado interno para la clase media y la clase alta, sumado a la burocracia estatal. El esquema de Kirchner es diferente, el esquema Kirchner es "exportadores y burocracia", que es a donde va la plata que se distribuye. Porque como decía Christian, el

superávit no va a la infraestructura. Si uno compara la economía de Krieger Vasena, que también tenía restricciones y un tipo de cambio alto, observa que el excedente total de los exportadores era capturado por retenciones e iba a la infraestructura. En el esquema de Kirchner, el superávit no va a la infraestructura, por razones del tipo de capitalismo que se ha configurado. Y en todo esto el contexto de globalización es un dato presente e innegable. ¿Por qué tiene Kirchner a la clase media? Creo que, como bien marca Christian, porque realmente la clase media paga el pato del 2001. Dentro de la clase media está la gente que no tuvo la información necesaria para poder cubrirse. Como fue una crisis de fuga de capitales, la gente que dejó el capital adentro perdió sus ahorros y, encima, siguió perdiendo con la decadencia de los salarios. Por un lado la clase media apuesta por esto, y por otro por la idea de no corrupción, de cambio, de nueva política. Esto es absolutamente efímero, como lo vemos.

Ahora quiero situarme en otro nivel, digámoslo así: en una posibilidad de volar bajito. Aquí no hay grandes cambios. Se observa que hay un proceso de acostumbramiento a la conflictividad social, que avanza un poquito más el discurso de la ley y el orden y que a los piqueteros se los toma como un dato más, no es que ganen o pierdan legitimidad. A su vez, la economía no crece tanto, pero para este sistema no se necesita tampoco que crezca tanto, porque con las retenciones a los exportadores se puede mantener la infraestructura. Y creo que esto es lo peor que puede pasar.

Ahora sí, para terminar, quería retomar puntualmente la pregunta de Arturo Fernández. Para que haya cambio tiene que reconfigurarse la política en la Argentina, en el sentido de que tiene que aparecer una fuerza política, tiene que haber disciplinamiento y reorganización. Pero uno lo que ve ahora es que el peronismo no solamente está en nuestra cabeza como el partido que es el garante de la gobernabilidad y de la ingobernabilidad, sino que también es el único que hoy se puede hacer oposición a sí mismo. Y en este sentido el sistema es casi perfecto. Por lo pronto para que haya algo de cambio necesitamos que el peronismo se reorganice. Solamente si hay un polo centralizado de alguna manera, gane quien gane, se puede hablar de

oposición. Si la alternativa de esto llega a ser la derecha liberal, el punto al que se va a querer llegar es Chile. En cambio, el otro camino está dado por los desafíos que implica la integración de la gente que quedó afuera.

Arturo Fernández: Salvando las firmes convicciones políticas de Christian, que realmente son admirables, ¿es posible una alternativa al capitalismo en países periféricos? ¿No es lo más importante que está pasando en el mundo el altermundialismo de los países desarrollados, que es el comienzo de una nueva oposición a un sistema capitalista ya antiguo, que por un lado reproduce una sociedad desigual y en general –como en este ciclo que comienza en 1980–, cruel y destructiva, pero que, por otro, al mismo tiempo, genera una gran capacidad creativa en lo científico, en lo tecnológico, y obtiene una importante atracción sobre vastos sectores? Lo que ocurrió en los años 80 es que la libertad triunfó sobre la igualdad y la justicia, sobre todo en países donde se había impuesto a través de Estados autoritarios altísimos y muy satisfactorios grados de igualdad, por ejemplo en la Unión Soviética y también en toda Europa de Este. La gente al parecer prefirió, y sigue prefiriendo –contra mi gusto– sociedades que se parecen mucho más a la Argentina que a la ex Unión Soviética. Ahora tienen la libertad que antes no tenían pero la tienen algunos, porque los jubilados de la ex Unión Soviética viven igual que los jubilados argentinos; entonces lo que tienen es libertad para morirse de hambre. Hay un 30 o 40% de gente que ha quedado muy en los márgenes. Hay un Partido Comunista ruso que no saca más del 20% de los votos y que no pareciera tener la capacidad de recordar las grandezas, que no fueron pocas, de la Unión Soviética. Esto no es un detalle e interpela al pensamiento marxista, como también al pensamiento en general del siglo XIX, el cual reivindicó la posibilidad de transformación de un modo de producción social desde los sectores subalternos por primera vez en la historia. Ello concluyó en una gran derrota. Hasta el Estado de Bienestar ha quedado destruido. Vemos, por ejemplo que en Alemania, que parecía una última fortaleza, el propio Partido Socialdemócrata, en la culminación de la humillación, tiene que recortarlo. También es sin duda cierto que no es lo

mismo la exclusión social en los países desarrollados que en la Argentina, donde las cifras rondan el 40% o más. En la propia Argentina de los años 60 había gente indigente y pobre, pero muy pocos en comparación con los valores actuales (cerca del 8% al 10%).

Christian Castillo: Quería hacer aquí una breve historización. En los '70 el orden mundial sufre un desafío por izquierda, no sólo en América Latina sino a nivel mundial –es el mayo francés, es la revolución portuguesa, y se da también en el Este, con Checoslovaquia–, que es bloqueado, es frenado, en algunos casos con dictaduras sangrientas, en otros casos dando algunas concesiones, pero el sistema es preservado, y hay luego una contraofensiva. Tenemos entonces 20 años donde cambia el mundo hacia la derecha. Si en la primera parte de los '90 había un triunfalismo capitalista absoluto y se presentaba el neoliberalismo como una ideología avasallante, ahora estamos en un momento de cambio. Hay ciertos elementos que van abonando esta modificación. Uno, efectivamente, es la aparición en los mismos centros capitalistas de movimientos sin mucho peso social (en el sentido de poder afectar la producción capitalista), pero sí con influencia ideológica, que han contribuido a deslegitimar el orden dominante. Con distintos grados, distintas formas, pero que van creando un clima ideológico un poco distinto al que había anteriormente. Además, un factor importante en este punto es que la propia potencia dominante del capitalismo mundial tiene una política que es repudiada en amplios sectores del globo. Bush ha conseguido que sean anti-norteamericanos cuatro y medio de cinco continentes y una parte también de los norteamericanos.

A su vez, que el capitalismo crea crisis económicas es hoy algo incorporado. Es decir, después del paradigma de la nueva economía, que sostenía se habían acabado los ciclos, se hizo evidente que las crisis están. El paradigma de la nueva economía sufrió un golpe importante en el 2000, cayeron las *punto com*, la bolsa se hundió, etc. Se reconoce que no hay un crecimiento económico ilimitado. Otro elemento: que el capitalismo es guerrerismo y que las potencias centrales actúan colonialmente volviendo a

formas previas al siglo XIX, lo vimos en parte en Afganistán pero sobre todo en la guerra de Irak. Que esto es un dato estructural que no hay que atribuir sólo a Bush lo empieza a decir en parte Kerry, donde en política exterior frente a los que aparecen como rivales de Estados Unidos, tiene apenas matices. Incluso frente a Cuba tiene una política que amenaza ser tan dura como la de Bush.

¿Qué pienso entonces? Que los trabajadores pueden construir una alternativa a este sistema. Mi hipótesis está también en parte avalada porque ha habido y hay movimientos de resistencia social que tienen relativa incidencia en cuanto a lo que ha pasado en los destinos políticos en cada uno de los países. Yo creo que la debilidad que ha tenido todo este proceso, incluso de resistencias importantes que ha habido, es sin embargo que un actor social fundamental, como es la clase trabajadora, no ha jugado un papel esencial. No porque haya desaparecido sino porque sufrió una serie de derrotas políticas y también cambios estructurales, como el desempleo de masas, la amenaza con la deslocalización en los países centrales, la precarización, etc. Y hay recién un aprendizaje a cómo pelear en esta nueva situación.

Tomemos un ejemplo: cuando aumentó la desocupación los sindicatos miraron para arriba. Bueno, hoy empieza a estar incorporado que el desocupado y el ocupado algún interés común tienen. El precario era dejado de lado, y hoy, en cambio, la demanda del trabajador precario es organizarse junto con sus compañeros de trabajo. Creo que hay un aprendizaje de la clase trabajadora acerca de cómo actuar frente a las nuevas condiciones, después que los dirigentes sindicales se acomodaron ellos dejando desairados a los trabajadores. Entonces, en ese sentido, creo que las propias condiciones del capitalismo recrean perspectivas para que en el nuevo siglo –es difícil saber con qué ritmo– el modo de producción dominante va a volver a ser desafiado. Si no fuera así, diría que la perspectiva civilizatoria es nefasta. Creo que para los trabajadores y la humanidad toda plantearse la superación de este tipo de organización social surge del espanto del futuro que el capitalismo depara.

Luis Tonelli: Sin duda los tres coincidimos en que el contexto internacional es muy importante, y que en todo caso si la Argentina sufre una crisis del capitalismo, va a estar eslabonada con la crisis del capitalismo global. Reconozco que en un plano tan general no me alcanzan las gafas para desarrollar más el análisis, y entonces quería señalar que el punto central está en algo que ahora constituye un dato: la situación de la Argentina en relación con la apertura y la globalización. Viéndolo así, para resumir, si la década del 90 fue "apertura con deuda", esta es el momento de "apertura con superávit". Ahora bien, si se quiere mantener este esquema, obviamente la clase media está afuera y la inestabilidad viene por ahí, sumado a qué va a pasar con los sectores populares. ¿Cuál es entonces el plan de la estabilidad? Bueno, que la clase media se conforme con "aspirar a", y que a las clases populares se les ponga "ley y orden". En el otro esquema, el de "apertura con deuda", la inestabilidad viene por los mercados financieros, pero para que sea estable se necesita reintegrar a las clases populares y reformar todo el aparato estatal, que es lo que se intentó con la Alianza pero que estaba muy por encima de capacidades, inteligencia, estructura y cultura política.

Arturo Fernández: El peligro de Kirchner es repetir el apresuramiento del Frepaso y de la Alianza. Quizás sea posible, no destruir el capitalismo, pero sí hacer un capitalismo más vivible desde el Estado, un Estado reconstruido, en el que se sitúa la corrupción como un factor no menor pero sí secundario. Incluso un Estado reconstruido podría evitar peleas interburguesas y semi-golpes institucionales. El peligro es que Kirchner vuelva a apresurarse por características personales; o que, por no manejar la cultura católico-peronista, la cual efectivamente predomina en la Argentina, se llegue a su propia destrucción política, como la que sucedió con Chacho Álvarez y el Frepaso. Este fracaso trajo tal desprestigio al no peronismo que nos condujo a esta curiosísima hegemonía del peronismo, que ninguna persona de mi edad, en el año 55, pudo siquiera haber soñado. Este es un tema que abarca al movimiento obrero.

Luis Tonelli: Y ahora que estamos en el Instituto Germani, podemos recordar que el mismo Gino Germani esperaba que el peronismo, como una suerte de fenómeno patológico, se disolviera.

Christian Castillo: A mí me parece que la hegemonía del peronismo es una foto, que no es una dinámica donde pueda sostenerse como un fuerte partido dominante. Veo muy difícil que se consolide más que como un momento episódico, o como meros acuerdos electorales de las diferentes fracciones, porque no hay unidad real. Son acuerdos transitorios para poder llegar al gobierno o mantener los puestos.

Luis Tonelli: El problema es que hace varias décadas esto ya es así. Como fenómeno cultural desde ya es una aplanadora y, en el otro plano, es una cuestión de ascensos y descensos en la Liga de los Gobernadores.

Arturo Fernández: El peronismo de pasajero no tiene nada.

Christian Castillo: Los trabajadores jóvenes en los gremios peronistas, como el de la alimentación, no son peronistas. Son más bien apolíticos. Pero cuando luchan y se organizan el prejuicio hacia la izquierda es infinitamente menor que lo que había en otro período histórico.

Luis Tonelli: Para mí la foto tiene perspectivas a largo plazo. Ojalá que no, ese es mi deseo.

Christian Castillo: La cuestión ahí es si Kirchner y Duhalde siguen juntos. Porque ahí hay dos hipótesis. Es decir, si siguen juntos significa que Kirchner no acumuló el suficiente poder y sigue siendo relativamente condicionado. Ahora, hay otra variante, que frente al 2005, lo que hoy es el bloque de gobierno se separe en dos.

Luis Tonelli: A mí esto me parece un fenómeno similar al que vivimos con la renovación peronista, si realmente Kirchner puede torcer el brazo electoral a su favor en las elecciones de 2005, el peronismo –no digo que se unifique, pero este marasmo, esta ameaba– puede jugar junto en el 2005.

Christian Castillo: Es una hipótesis

Luis Tonelli: Desde mi punto de vista la transversalidad no es algo nuevo, sino que es una “etiqueta gaseosa”, mucho más que la “etiqueta gaseosa” de la Alianza, y que funciona como tintorería de la vieja política para, ante la clase media, resultar presentable.

Christian Castillo: Sí, y también la usa Kirchner como amenaza a Duhalde para obligarlo a pactar en mejores términos.

Luis Tonelli: Cuando uno ve la foto de los gobernadores con Kirchner, tanto por el tema de la coparticipación como por el tema del avión yendo a China, uno cree que le venía ganado dos a cero a Duhalde. Pero el gran problema que tuvo Kirchner, como dice Lilita Carrió, fue meterse en la interna del conflicto social, porque el conflicto social no es manejable. Creo que la conflictividad social hoy está más “con la cabeza de los dirigentes” que “con los dirigentes a la cabeza”. En fin, para mí depende mucho Kirchner del humor colectivo, de cómo lo acompañe la clase media para poder imponerse al peronismo. De lo contrario sí vamos a que el peronismo sea la oposición al peronismo.

Christian Castillo: Lo que pasa es que aquí los pretendidos opositores tienen una debilidad estructural, porque salvo la apuesta desde la izquierda a que surja una oposición anticapitalista desde la clase trabajadora, el resto juega meramente en la disputa por las clases medias.